

SER FIEL A LA INCLUSIÓN

A principio de la década de los 70's, en pleno apogeo de las dictaduras latinoamericanas Siro y Rosa eran un joven matrimonio que acababa de dar a luz a su cuarto hijo. Él, un joven de familia muy humilde que había logrado llegar a la universidad a pesar de su falta de recursos económicos, ya estaba trabajando en la fábrica más grande de toda la región, una azucarera con cientos de trabajadores que suministraba el producto a todo el país. Por el contrario, ella, maestra de profesión se las apañaba para poder trabajar a ratos parciales en algún colegio cercano que le permitiera con ello, poder llevar un pequeño jornal a casa para contribuir y así intentar llegar a final de mes.

Siro además era el dirigente sindical de la fábrica, ya desde muy joven, en sus tiempos de universitario militaba en un partido clandestino que intentaba dar guerra a cualquier gobierno. Por ello, cuando años más tarde se produjo un alzamiento militar en el país y como consecuencia se instauró una terrible dictadura, Siro que estaba marcado en rojo en la agenda de los totalitarios, fue encarcelado y, posteriormente, condenado a muerte sin que su mujer Rosa, fuese consciente de ello.

Al cabo de una semana preso, Siro, fue condenado a la pena máxima. Pero en los días previos a la ejecución, y como pasaba con todos los que se encontraban en su situación, el sacerdote de la prisión pasaba a darles la extremaunción uno por uno. Resultó que el sacerdote impuesto por el régimen para ese centro era uno de los primos de Rosa, Eusebio, que puso inmediatamente en conocimiento de la situación a su prima, que desesperada y plagada de pánico tras más de siete días sin saber nada de su marido y cuidando de los cuatro pequeños en plena ola de represión e inseguridad de las calles, se le vino el mundo encima.

Eusebio plenamente consciente de la situación y tras reflexionar, decidió jugarse el tipo y ayudar a escapar a Siro, pero una vez liberado, Eusebio le advirtió y le dejó claro a Siro que si no huía y se iba inmediatamente del país no podría volver a librarle de nada. Por ello Siro, tan pronto como pudo, cogió el primer barco que viajaba al extranjero.

Sin ni siquiera poder despedirse de su mujer e hijos, Siro puso rumbo a España para poder poner tierra de por medio con la muerte. Nada más llegar a la Coruña, lo primero que hizo el joven latinoamericano fue enviarle una extensa carta a su mujer, que se había quedado con una mano delante y otra detrás en su país de origen y con una familia a la que alimentar.

Con el paso de las semanas los hechos se fueron sucediendo solos. Rosa logró vender el domicilio familiar y coger a sus hijos, hacer las maletas y poner rumbo a España donde poder volver a empezar de cero. Por el contrario, Siro consiguió encontrar trabajo y con ello volver a formar un nuevo hogar a muchos miles de kilómetros del anterior. Era una nueva oportunidad que les había brindado la vida y no pensaban desaprovecharla. Pero a su llegada a España, con lo que no contaban era encontrarse con algo parecido a lo que habían dejado atrás, algo parecido a lo que Siro llevaba combatiendo desde la clandestinidad desde bien joven: eran los últimos coletazos de una dictadura que había estado alineada, años atrás, con el fascismo italiano de Mussolini e incluso con el nacional socialismo alemán.

El paso de los años acreditó el final de la dictadura y con ello un periodo de muchas oportunidades denominado “La transición”. Con ella, esta renovada familia logró consolidarse en el plano familiar y en el económico. Rosa fue capaz de renovarse para poder aportar y su marido, que había ido escalando en lo social y lo económico gracias a diversos ascensos en sus respectivos puestos de trabajo, le llegó una nueva oportunidad en el plano profesional. Fue gracias a unos clientes que había podido conocer mientras trabajaba en una de las varias asesorías fiscales por las que había desfilado en esos años en La Coruña, y gracias al buen hacer, compromiso y profesionalidad que estos clientes, un matrimonio joven, habían visto en Siro. A Siro, estos jóvenes emprendedores, Luisa y Pepe, veinteañeros que estaban dispuestos a comerse el mundo le recordaban a sus comienzos con Rosa, por lo que decidió dejar su puesto de trabajo y embarcarse en este ilusionante nuevo proyecto.

Tras muchos años de duro trabajo y sacrificio dedicando su vida a lo que en su día fue una modesta agencia regional, crearon una de las multinacionales más laureada de todo su sector. Tanto fue así que en el año 2000 llegó a ser la mayor del país, con miles de trabajadores y en plena expansión internacional en Francia y Portugal.

En el año 2007, Siro junto a Luisa y más personas de la compañía, decidieron crear una fundación, con el objetivo de destinar fondos a diversas causas de países en todo el mundo y así poder ayudar de manera más directa y precisa desde su posición de privilegio. Desarrollaron varios proyectos volcados en la ayuda a la infancia, principalmente, en España y algunos países de Latinoamérica.

A pesar de la borrachera de éxito que la vida les tenía guardada a Rosa, Siro y todos sus hijos, estos no dejaron de ser fieles a lo que algún día fueron y nunca dejaron de ser. Siro siempre siguió estando comprometido y apoyando desde un plano más discreto las políticas de libertad, igualdad, desarrollo inclusivo y la proliferación de las clases trabajadoras, aunque ello le buscase más de una enemistad o de veto en según que lugares.